



por el doctor  
EMILIO CERVERA

Esta era la pregunta que antaño se hacía el poeta hondamente preocupado por la tristeza de su imaginaria princesa.

Esta es la pregunta que en el despacho del médico es hecha por alguna mamá, no menos preocupada por la tristeza de su hija. La niña está triste. ¿Qué tendrá la niña?

Vamos a tratar de establecer un parangón entre la tristeza de la princesa y la tristeza de la joven de hoy, que a nuestro parecer ha sido tristeza en todos los tiempos. El poeta no solamente rima una bella poesía con la tristeza de su princesa, sino que quizá sin proponérselo describe con exactitud un estado sentimental muy frecuente en los primeros años de pubertad de la mujer.

Claro está que nos referimos solamente a un tipo de tristeza que podríamos llamar esencial, ya que se presenta aparentemente sin causa que la justifique. En efecto, hay unos primeros años de pubertad en la niña, un período de tiempo que podríamos llamar de desequilibrio; se nota ella ya mayor para los juegos infantiles y todavía no se halla muy consciente de su nuevo papel de mujer; es un momento en que coinciden las máximas fuerzas expansivas (fisiológicas y psíquicas) de todo su ser con las máximas restricciones, restricciones de tipo social, familiar, etc., y muy principalmente la timidez propia de esta edad.

¿Qué motivaba la tristeza de la princesa? El poeta lo describe muy bien al final de una estrofa: «La princesa persigue por el cielo de Oriente la libélula vaga de una vaga ilusión.» ¿Se puede dar un motivo más indefinible ni más vago? La princesita de Rubén no tenía motivo de tristeza, no plasmaba su tristeza sobre ninguna ilusión más o menos fracasada; era tristeza por ansias que no podía definir.

Es en estos momentos cuando la joven precisa quizá de una orientación, de un consejo; en suma, de unas palabras alentadoras que en ocasiones, por ignorancia de padres o mayores que la rodean, no puede recibir; palabras tan necesarias para evitar en lo posible las derivaciones a veces morbosas y en ocasiones definitivas hacia las que se orienta su espíritu.

Es el momento en que la niña debe de ser orientada hacia aquello que por su educación, altura o carácter se vea inclinada; es el momento de marcarse ella misma, o con ayuda de una experiencia, un camino que la lleve a plasmar ese motivo indefinido que la perturba.

De aquí la necesidad de que al llegar a la pubertad tenga la joven conocimiento claro de su misión, de sus aptitudes para poder encauzarse y sacar un máximo provecho de las mismas. Claro es que esto está condicionado sobre todo por el tipo de educación y de cultura de que disponga; está fuera de duda que la joven culta sentirá problemas más sutiles, más elevados, que pasan inadvertidos a la mujer de poca sensibilidad o de espíritu poco cultivado.

Es muy frecuente la joven que llámase incomprendida, se cree equivocada, cuando en realidad es ella misma la que no ha sabido interpretarse, no ha sabido orientar su vida en la dirección de sus más acusados impulsos, y aquí nace, toma origen esta tristeza tan frecuente de la mujer joven.

Esta tristeza es tanto más frecuente y más intensa en las jóvenes que se preocuparon en los principios de su pubertad de dos problemas, dos problemas que constituyen la vida entera, por así decirlo, de la mujer. Uno, quizá el más intenso, el problema sentimental; otro, muy intenso también, pero que en muchas ocasiones escapa a su atención, el problema sexual. De